

RELATO CORTO

TÍTULO

EN MITAD DE LA NOCHE

TEXTO RELATO

Me despierto en mitad de la noche, agitada. No hay ruido alrededor, la casa duerme, pero dentro de mí algo sigue despierto. La cabeza no se apaga nunca. Ni siquiera cuando debería. Los pensamientos aparecen sin pedir permiso, uno detrás de otro, como si alguien hubiera decidido pasar lista dentro de mí.

¿Habré pedido todo el material necesario para la cirugía de mañana?

¿Me habré acordado de reponer las agujas, las sierras, todo lo que no puede faltar?

¿He revisado todos los implantes?

¿Hemos confirmado con los pacientes los horarios?

Intento decirme que sí. Que lo he hecho. Cada pensamiento trae otro, y luego otro más, como si fallar en uno solo pudiera desencadenar una cadena irreversible. Pienso en nombres, en rostros que no veo pero que están ahí. En errores pequeños que, en mi cabeza, se vuelven enormes. Me levanto y voy a la cocina. Camino despacio, como si el cuerpo pesara más de lo habitual. Bebo un vaso de agua con la absurda esperanza de que al tragar se diluya también la inquietud, de que el líquido arrastre las preguntas y las deje en el fregadero. No funciona. Vuelvo a la cama y empiezo a moverme sin parar, de un lado a otro, buscando una postura que calme algo más que el cuerpo. No descanso. Solo me agoto. Y es ese agotamiento, no la tranquilidad, lo que finalmente me duerme.

Por la mañana me levanto y hago mi rutina como siempre, casi sin pensar. Todo parece normal desde fuera. Me visto, desayuno, salgo de casa. Pero de camino al trabajo suena el teléfono y algo dentro de mí se tensa antes incluso de responder.

—Me sabe mal, pero no me encuentro bien. Hoy no voy a poder ir a trabajar.

—No te preocupes, recupérate. Ve al médico y ya me dirás si mañana podrás reincorporarte.

Cuelgo y paro el coche. Me quedo quieta unos segundos, con las manos sobre el volante. No es enfado lo que siento. Es algo peor: la sensación inmediata de que ahora todo depende un poco más de mí. Nadie lo dice en voz alta, pero yo lo sé. Siempre lo sé. Empiezo a pensar en cómo cubrir la ausencia, en quién puede sustituir a quién, en cómo redistribuir tareas sin que nada se note. En cómo hacer que todo siga funcionando. El día ya nace raro, frágil, como si cualquier cosa pudiera romperlo.

La mañana avanza y el primer contratiempo no tarda en llegar. El primer paciente, que debía venir en ayunas, ha tomado un vaso de leche con café justo antes de salir de casa. Dice que no ha podido evitarlo. Se debate si se anula la cirugía o no, y siento cómo el tiempo se estira, cómo todo se ralentiza. Mientras tanto, revisando el material, la instrumentista se da cuenta de que una de las tapas de los contenedores de desinfección se ha caído. Hay que volver a esterilizar la caja antes de empezar. Nada grave, me digo. Pero se suma. La autoclave empieza a fallar. Una y otra vez. Como si también él estuviera cansado hoy.

—Por favor... ¿qué pasa hoy?

Cada pequeño problema se acumula como si el día llevara una cuenta invisible. Nada es grave por sí solo, me repito, pero todo junto empieza a pesar. Me doy cuenta de que aprieto la mandíbula, de que respiro poco y mal. Y entonces ocurre otra cosa más. Una compañera se ha caído. Se ha hecho daño. Hay que realizar el informe para que vaya a la Mutua. Ya no me sorprende. Solo siento cansancio. Una especie de resignación silenciosa, como si mi cuerpo hubiera aceptado que hoy no va a ser fácil.

Me pregunto:

¿Qué pasa hoy?

¿Se han alineado los astros?

¿Qué narices pasa?

No tengo miedo a los imprevistos. Nunca lo he tenido. Tengo miedo al desgaste. A no darme cuenta del momento exacto en el que algo dentro de mí se rompe un poco. A normalizar el cansancio, la tensión constante, el insomnio, como si fueran parte inevitable del trabajo. Como si cuidarse fuera un lujo que no puedo permitirme.

Me descubro pensando que quizá necesito algo tan absurdo como unas gotas, un spray, algo contra el mal de ojo. Me da hasta risa pensarlo. Una risa cansada, sin fuerza. Porque en realidad no creo en eso. Creo en la responsabilidad. En la presión. En esa sensación de no poder bajar la guardia nunca, ni siquiera cuando cierro los ojos.

De pronto, un ruido fuerte lo rompe todo.

El despertador.

Abro los ojos de golpe. El corazón va rápido. Estoy sudorosa. Tardo unos segundos en reconocer la habitación, la luz tenue, el silencio real. Son las seis de la mañana. Es hora de levantarse. Me quedo quieta, respirando, me doy cuenta que ha sido todo una pesadilla

O eso quiero creer.....
